

gresos y altas tecnologías metafóricamente ferroviarias («¡No podemos perder el tren!»), hacerse perdonar el pecado de su pasada ambición atlántica olvidando y dejando a su suerte a los otrora expoliados virreinos, y olvidando también que esos países a los que tanto ansían algunos que *ahora* nos parezcamos mantienen relaciones políticas, comerciales y culturales muy superiores a las nuestras con esa misma América por cuya antigua posesión purgamos.

No. Esa profunda y rica vinculación no podrá ser quebrantada nunca. Y ello por una contundente evidencia: los millones de mestizos que, desde hace cuatro siglos, y saltando por encima de dominaciones y regímenes políticos, han ido forjando una conciencia inédita en el planeta, para la cual no hay siquiera expresión adecuada. Podemos llamarla, aproximativamente, *conciencia del mestizaje*, mas sin olvidar que tan importante como el mestizo propiamente dicho es el *criollo*: el europeo nacido en América de familias durante generaciones enraizadas en el nuevo suelo, y que adquiere míticamente —y, a veces, cínica e ideológicamente— el imaginario simbólico de las culturas indígenas, convenientemente *compaginado* a través de un relato o serie de relatos que den coherencia a mitos dispersos, como el Inca hará a imitación de León Hebreo y éste había hecho antes siguiendo a Ficino, para acabar en fin en Hermes Trismegisto, Platón y Hesíodo. Desde la perspectiva de una posible filosofía del símbolo, lo verdaderamente relevante, exclusivo del mestizo de las antiguas posesiones españolas estriba en que *él no tiene pasado seguro al que recurrir*. No sólo los grandes imperios azteca, maya, incaico (Taufantinsuyu) han desaparecido sino que, casi en su totalidad, los mitos y ritos que sostenían esos imperios (las «antiguallas» de la «gentilidad» peruana, por ejemplo) han sido recogidos en la lengua extranjera y dominadora, y sometidos por lo común a una doble y antitética manipulación de prejuicios: la del mal salvaje o la del bueno. Para Tomás Ortiz, según Pedro Mártir de Anglería, los indios comedores de carne humana son más bestias que los asnos y no merecen tomarse pena por ellos (no está solo en esa idea: piénsese en el aristotélico Juan Ginés de Sepúlveda). Para Vasco de Quiroga, en cambio, estos hombres sencillos y humildes, sin propiedades ni trabajos, íntegra naturaleza virginal, llenos de la bondad, obediencia y demás virtudes *que al europeo faltan*, son aquellos privilegiados *homines naturales* de las *Saturnales* de Luciano, mientras que los españoles entran en la fase decadente de la historia. En cualquiera de estos casos, algo se impone: el mestizo ha de *inventar* su pasado mientras vive en el presente viril, paterno de su pertenencia —al menos racial y cultural— a la metrópoli. Y ese pasado está hecho de los sueños, añoranzas y pesadillas de esa misma metrópoli al contacto con lo radicalmente ajeno.

Esta *invención simbólica* de la América precolombina es, pues, de consuno, inseparablemente, una reinención de los miedos y deseos profundos de la Vieja Europa. Y la base que permite la comunicación, la traducción de los viejos relatos y mitos de las culturas americanas en el tronco simbólico occidental, así como el reconocimiento en esas culturas —como en un espejo deformado— de las preocupaciones y

anhelos latentes en aquel tronco es la gran *tradición clásica* que en el Renacimiento se remansa. Es altamente significativo que justamente en el momento en que, caída Bizancio, Occidente conquista idealmente la unificación que política y religiosamente está perdiendo (como Cristiandad y como Imperio Romano Germánico), conquistándola gracias a la recuperación *erudita* y humanista del pasado grecolatino, justamente en ese momento trasvasa ese mundo unificado sobre un continente supuestamente virgen, como si éste fuese un gigantesco campo de operaciones (tras el fracaso de la aventura oriental: las Cruzadas y las expediciones al Extremo Oriente) en que probar la capacidad de *encarnación* de la flamante conciencia renacentista: la fusión — para nosotros, hoy, extraña— de un cristianismo humano, demasiado humano (por la inoculación en él de gérmenes neoplatónicos, estoicos y aun epicúreos: pensemos en un Pomponazzi, un Lorenzo Valla y, después, un Erasmo) con un extraño helenismo orientalizante, neoplatónico y hermético, en el que también encuentra acomodo una Judea mosaica cabalísticamente ilustrada: una asombrosa coyunda de Egipto, Grecia e Israel da como resultado la destilación de una *prisca theologia* en las manos de un Marsilio Ficino, un Pico della Mirandola o un León Hebreo. Fue la última —y quizás única— ocasión, a comienzos del siglo XVI, en que la Europa dispuesta a dar el salto que haría de ella Occidente, de verdad, se encontró unificada por un *corpus mythicus* en el que se unían y reconocían como convenientes técnicas artesanales y matemáticas precientíficas (si dejamos el nombre de ciencia, como es de razón, a lo que a Europa sobreviene tras la triple conjunción de Descartes, Galileo y Hobbes), religión imperial y religiones de los príncipes, política de un Imperio aún por recrear y políticas localistas de las ciudades libres, hombre en simpatética conexión con un cosmos divinizado, en fin.

Fue un instante decisivo, un prototipo —si se me permite interpretar una invención simbólica como modelo de convivencia— de lo que podría haber sido, de lo que quizá merezca la pena hacer que, alguna vez, sea. Un prototipo que sólo existió en algunas mentes preclaras: Sahagún, Vitoria, Las Casas, el Inca... Mas nacido también con graves, irreparables defectos. La nueva comunidad —el Mundo por fin unificado, reconciliado— dejaba fuera, no tanto el Extremo Oriente (al contrario, los jesuitas italianos seguirían enseguida, con sus geniales intentos de sincretismo, la nueva dirección) cuanto los otros pueblos del Libro: el infiel exterior, el Islam que, en competencia ecuménica, impedía la vinculación por tierra e impelía a lanzarse a los mares, y el infiel interior, Israel, el pueblo sin tierra, nómada a su pesar. Y, desde luego, quedaba no tanto fuera, sino integrado brutalmente a la fuerza, como masa ciega y esclava, el continente negro. Un hombre razonable puede, por ello, leer quizá con simpatía una apología del mestizo pero, ¿quién, aún hoy, encontraría serio un trabajo sobre la conciencia del *mulato*, o del *cholo*, del *cuatralvo*, que no fuera una erudita investigación antropológica, pretendidamente neutra y con conciencia de taxidermista o, al contrario, una amena disgresión folclórica sobre usos y costumbres chocantes y estrafalarios? Sin embargo, y a pesar de todo, el modelo renacentista del mestizaje (más mitológico que

racial) sigue siendo a mi ver un buen ejemplo de mezcla —controlada— deseable en un multiverso como el actual, abocado necesariamente a la fusión étnica, comercial e industrial, y precisado por ello de un esquema global *de interacción simbólica*. Un ejemplo que, con todos sus errores, aventaja según creo a los propuestos por una «científica» y bienintencionada Ilustración que predica libertad, igualdad y fraternidad para el hombre y el ciudadano a la vez que manda tropas para exterminar a los pobres haitianos que se lo creyeron, o deja pudrirse en la cárcel a los patriotas suabos que soñaron con una República similar a la francesa, y que con este propósito fueron alentados y sostenidos al principio, hipócritamente, por París; para no hablar del jugueteo que, alternativamente, Francia e Inglaterra mantuvieron con los débiles y corrompidos poderes españoles antes y durante la llamada, con deplorable e ideológico eufemismo, Guerra de la Independencia.

El modelo ha de surgir, con toda su perfección, *después* de la Cédula Real de Felipe II, que prohíbe la difusión de la obra de Fray Bernardino de Sahagún y, por extensión, toda investigación sobre las «antiguallas» y costumbres indias. Muchos y abigarrados espacios culturales ven así drásticamente cortada su supervivencia simbiótica a través del lenguaje y cultura del conquistador. Con esta prohibición, la política imperial cambia *oficialmente* de sentido: no se trata ya de prolongar la empresa de evangelización (aun por medio de la guerra santa, como ocurrió hasta 1542 mediante la farsa del Requerimiento) iniciada en la propia península (y, en el fondo, heredada del mundo islámico), sino de llevar a cabo una explotación sistemática de recursos que, de manera bien miope, se limitó a la minería de metales preciosos y el reparto de tierras al estilo medieval (las encomiendas). Pero el abrupto corte de 1577 permite la retirada *mítica* a un pasado ucrónico que cumple la función de prestar una ideología cerrada y relativamente bien trabada, analógicamente conectada con el *mundo* clásico, a la clase emergente, al grupo portador de invención: el *criollo*, que combina el factor de *universalidad*: su pertenencia a una religión católica (ahora más que nunca universal, al verse «naturalizada» gracias a los esfuerzos de misioneros —y después, sobre todo, de los jesuitas establecidos en México— mediante un audaz sincretismo con las religiones autóctonas) y su origen europeo (pues, para una ideología eurocéntrica que aún hoy sigue ejerciendo fuerte influjo, ser europeo —occidental, si concedemos con el Husserl de la *Crisis de las ciencias europeas*, que también los descendientes de las colonias anglosajonas lo son, cosa negada al gitano, al esclavo... ¿y al español del Sur?— es ser la medida del Hombre) con el factor de *particularidad*: haber nacido en América de estirpes ya arraigadas en el Nuevo Mundo y que ven con malos ojos —*et pour cause*— lo que ya empiezan a sentir como denominación extraña: el envío de «españoles» para ocupar los cargos vitales: corte, clero y milicia. Mas esta particularidad precisa quedar determinada, *singularizada* mediante la apropiación de un *mito de origen*, él mismo singular, ya que en él han de confluír la forma de las venerables Escrituras de la tradición clásica, justificativas de una colectividad (piénsese en la *Teogonía*, la *Iliada* o la *Eneida*) con el contenido —altamente